
EDUCACIÓN. DOGMA DE LA AUTORIDAD EN LA SOCIEDAD GLOBAL

Noé Acevedo Amaro*

“El que quiere nacer, tiene que romper su mundo”. Demian.

Herman Hesse

La educación escandaliza las conciencias: hacer mella, provocar es la herramienta más explotada en el discurso de la democracia en estos tiempos modernos. ¿Qué quiero decir? Bueno, contestar la pregunta resulta difícil. Habré de comenzar ofreciendo una breve reflexión respecto a cómo pensamos la educación en éste, nuestro tiempo.

El pensamiento del modelo educativo actual, origen de las instituciones que hoy conocemos como escuelas/universidades, comienza aproximadamente hace 300 años y se conoce como Revolución Industrial. Es en ese momento histórico en el que se coloca a la educación como una de las grandes necesidades: educar a sus actores para el desarrollo de la nueva sociedad por venir. En los años que han transcurrido, la sociedad se ha “transformado”, cambiado

* Sociólogo por la UNAM. Consultor en estudios sociales.

sus normas, su política, el empleo, la forma de comunicarse, etc. Sin embargo, toda ella ha mantenido la necesidad de la formación humana, la cual es básica para su permanencia.

La educación en estos tiempos es un halo purificador por el cual toda mejora pasa y hace posible nuestra sociedad. Si pensamos en sociedades primarias la educación no existía de manera tan formal como pasa en nuestra época pero nunca hemos ni dejaremos de formarnos.

Poniendo atención a nuestra época, podemos notar que la lógica pide y exige una sociedad especializada, educada, capaz de dar continuidad a todas las formas que se han implementado a lo largo de poco más 300 años de evolución en la técnica. Se estudia para el desarrollo, tanto personal como colectivo; aunque considero que estamos más encaminados hacia el individualismo. Nos educamos como sujetos sociales con el objetivo delimitado de hacer prevalecer la sociedad, pero... ¿Y si nos educamos para el caos, la destrucción y la muerte? Para muchos alarmistas esto implica el fin de toda sociedad, el fin de los tiempos del hombre, pero nada está más alejado de la realidad. Es cierto que para poder hablar de vida en sociedad se debe hablar de la renuncia al verdadero estado de libertad, de nuestra animalidad que es controlada por la “maravillosa razón”. Es un deber pensarnos distinto. Ser distintos, implica cuestionar a nuestra sociedad, cuestionar cómo nos educan y cómo educamos –la educación siempre es una doble vía– cómo pensamos y cómo aprendemos. Cuando se piensa en el aprendizaje se entiende como una mejora de nuestra humanidad: se educa para evitar la extinción.

En el tipo ideal de lo que conocemos como educación, una de las primicias básicas siempre ha sido y será la transformación de la sociedad. Sin embargo, haciendo un acto reflexivo, notamos lo lejos que estamos de ese ideal ya que la importancia se encuentra invertida. Las instituciones tienen como objetivo hacer que las cosas sigan como están, obligadas por su origen y razón de existencia.

Hemos logrado grandes mejoras en la técnica y creímos en nuestra superioridad sobre las otras especies gracias al darwinismo.

Justificamos el poderío del hombre y gracias a eso somos capaces de construir las obras más grandes de la arquitectura y vencer en donde otras especies han fracasado, “superamos el estado natural de las cosas”. El hombre creó la civilización y su Dios (hago referencia al Dios católico) venció al más duro de los rivales, la muerte, con la finalidad de crear una sociedad inmortal.

A una sociedad que da fin al fin mismo de la existencia –la muerte– sólo le queda pensar en el porvenir. Esto explica porque la modernidad se ubica en el futuro; lo venidero es el espacio idóneo donde todo lo que sigue es utopía. Ya muchos intelectuales sin importar posturas políticas, piensan en ello.

Cuando se ha dado fin al fin mismo ¿qué nos queda? ¿Los miedos de las primeras sociedades han sido vencidos? ¿Ya no hay por qué temer? ¿Será este el momento que Nietzsche prometía como la llegada del superhombre? No podríamos estar más equivocados.

NUESTRA SOCIEDAD ES UNA SOCIEDAD ATEMORIZADA

Vivimos con miedo de perder aquella supuesta inmortalidad ganada en el pasado y renunciamos a todo lo demás. Nos da miedo todo aquello que tenga la imagen de *de-structor*. Se piensa en los enemigos más que en los aliados y se genera una relación paranoica con todo lo que nos sea distinto. Tememos vernos a la cara, mirar a los ojos: somos la sociedad sin vínculo¹. Hemos acortado las distancias geográficas pero se han hechos grandes los abismos de nuestras diferencias; además, como toda especie timorata y taciturna no nos atrevemos a explorarlas. Nos ignoramos a través de las buenas maneras y con buenas intenciones. Incluso la pretensión de unión con los otros termina en un famélico intento falto de sustancia y sentido. Según Sloterdiejk (2006, p. 7) “Solo nos podemos distinguir

¹ Utilizo la idea de vínculo desarrollada por Raymundo Mier (2003).

de los demás bajo la condición de que nuestros modos de distinguirnos no supongan ninguna distinción real”.

En la modernidad, nos aterra todo lo que es distinto por lo que evitamos el conflicto con todo aquello que consideramos diferente. Este conflicto es nulificado por medio de un mal, aún peor que la guerra: lo aniquilamos con la indiferencia. Creemos en la inclusión en un todo heterogéneo y obtenemos el resultado contrario. Dicha indiferencia aísla en las generalidades a toda sustancia capaz de hacer un cambio que se vuelva dinámico para nuestra sociedad. Nuestras relaciones con los otros son un sin sentido, carecen de esencia por el simple hecho de no representar ningún interés para nosotros. Somos una sociedad desinteresada por aquello que consideramos ajeno y diferente, más, la sociedad que tan empeñados estamos en defender se encuentra estancada en sí misma. Esto se debe a que la sociedad a la que pertenecemos también nos resulta indiferente; queremos todo lo mejor para ésta pero sin cambios reales, cambios en la sustancia de nuestra relaciones con el otro. Nos negamos al riesgo del conocimiento que provoca el conflicto y que nos obliga a hacer las preguntas que nos llevan a cambiar, así separamos el conflicto de nuestra vida o por lo menos eso creemos.

Llegado el momento de la gran confrontación, huimos como los niños le huyen a sus monstruos nocturnos. Por más que el hombre se aferra a pensar en su superioridad sobre del resto de las especies, llegado el momento de las decisiones en colectivo, se comporta como un animal de manada. Da por hecho que su líder o pastor sabe, no cuestiona y mira con gran indiferencia a la crítica. Se puede decir que la crítica es y será siempre la oveja negra.

Reducimos el conocimiento en simple técnica, ignoramos de forma premeditada el saber reflexivo. Creímos hace mucho tiempo el discurso del saber técnico como forma última y todo poderosa del cambio, es por esto que nos sorprende la llegada de algo nuevo, creemos que es ésta la verdadera esencia de la diferencia.

En la actualidad sabemos más de técnicas para contactar con alguien pero no logramos entender el mensaje. No entendemos al

otro pero generamos políticas públicas que lo incluyan, pretendemos reconocerlo pero sin verlo a la cara, lo saludamos con buenas maneras, buscamos demostrar interés y compromiso hacia él con un monumento y le otorgamos efemérides para no “hacerle el feo”. Estas acciones aparentemente nos eximen del conflicto que implica ver al otro, al ser incluyentes sentimos que salvamos al mundo, que “se evita una guerra”.

La estructura de su pensamiento se encuentra condicionada por la condición vivida en la situación concreta, existencial en que se forma. Su ideal es, realmente, ser hombres, pero para ellos, ser hombres, en la contradicción en que siempre estuvieron y cuya superación no tienen clara, equivale a ser opresores. Éstos son sus testimonios de humanidad (Freire, 1976, p. 35).

Logramos que el reloj del fin de mundo dé un paso atrás en su andar apocalíptico

el “hombre nuevo” para los oprimidos no es el hombre que debe nacer con la superación de la contradicción, con la transformación de la antigua situación, concretamente opresora, que cede su lugar a una nueva, la de la liberación. Para ellos el hombre nuevo son ellos mismos, transformándose en opresores de otros. Su visión de hombre nuevo es la visión individualista (Freire, 1976, p. 36).

Evitando la confrontación, creemos salvar al mundo pero no reflexionamos acerca del trasfondo del problema. Para nosotros, los modernos, las pequeñas victorias lo son todo, podemos hacer una guerra pero no podemos hacer llorar al enemigo. Nuestra doble moral llega tan lejos que creemos que todo rasgo que posea un valor negativo a los ojos de nuestra moral debe ser erradicado, porque queremos creer en el hombre bueno por naturaleza. Juzgamos con gran severidad a todo tipo de pensamiento que se oponga a la moral moderna y negamos la contradicción natural que existe en nosotros: nuestra naturaleza malvada.

Si bien es muy cierto que las dos mitades de la vida, la mitad de la vigilia y la mitad del sueño, la primera nos parece mucho más privilegiada, importante, digna, merecedora de vivirse, más aún, la única vivida: yo afirmarí, sin embargo, aun que esto tenga toda la apariencia de una paradoja, que el sueño valora de manera cabalmente opuesta aquel fondo misterioso de nuestro ser del cual nosotros somos la apariencia... Nosotros, que estamos completamente presos en esa apariencia y que consistimos en ella, nos vemos obligados sentirla como lo verdaderamente no existente, es decir como un continuo devenir en el tiempo, el espacio y la causalidad, dicho con otras palabras como la realidad empírica (Nietzsche, 2004, pp. 58-59).

Pensamos de forma dicromática, para nosotros el mundo solo puede ser negro o blanco. Esa esquizofrénica necesidad determina nuestra existencia en la sociedad egoísta en la que vivimos.

Un diagnóstico que también puede hacerse extensible, entre otras cosas, a la democracia cuando ésta apela a la discreción de sus componentes en un tono reivindicativo sin precedentes. Una Discreción entendida en el doble sentido de la expresión; a saber, como capacidad de distinguir y como sentido del tacto, como sensibilidad para detectar las situaciones de rango no prescritas y como respecto a las ordenaciones informales de lo bueno y de lo menos bueno, teniendo siempre presente las necesidades igualitarias y los usos comparativos (Sloterdiejk, 2006, p. 7).

Y justificamos todo con la autoridad que nos da el saber, el conocer, la inteligencia medida, empírica y demostrable. Somos víctimas de un pensamiento que, al querer cambiarlo todo, deja las cosas igual que antes pues es incapaz de buscar la destrucción de sí mismo.

El hombre moderno y esta sociedad es la peor de las egoístas, pues en ella está el discurso del amo tan interiorizado y tan propio para sí, que niega toda reflexión y saber que se oponga al suyo. Sin embargo, los vencidos ya no son perdedores, son personas que tienen sentimientos y son buenos, si y solo sí renuncian a eso que los hace

distintos. Los buenos no deben sufrir, se les dignifica en el discurso del amo para así nulificar todo intento de rebelión. A los vencidos los desaparecemos al cambiarles el nombre, ofreciéndoles en un futuro la oportunidad de justicia que no será efectiva porque existe en el mañana: mañana llegará el momento de los vencidos, por favor tome asiento y espere.

Mientras tanto ya no habrá que temer, no hay necesidad de preguntarnos si somos iguales porque ya no hay razas: todos venimos del mono, todos consumimos, viajamos, aprendemos. –Tu tragedia no es tragedia, es nada más una depresión. –Tome dos pastillas por la mañana y dos por la noche para sentirse mejor– . Ya no hay porque cavilar, las reflexiones son para los locos y nadie quiere ser un loco, los locos son distintos y aquí nadie lo es.

Con la muerte de Dios la humanidad no renunció a sus enseñanzas, sino todo lo contrario; no lo mató sólo cambio de razón social. Se perdió la fe en la espiritualidad, rompimos los vínculos con las sociedades que nos antecedieron y les asignamos un lugar en las repisas más bonitas de los antiguos lugares que representaron su poderío. Ahora, esas sociedades se hacen presentes para el entretenimiento de nosotros, los modernos, que pertenecemos a la mejor de las sociedades; para el engrandecimiento del ego globalizado al igual que el de los padres que admiran las fotos de sus hijos para ver su crecimiento, logros y lo buenos padres que son. El mercado es el nuevo Dios, sus enseñanzas tienen un precio y su imagen una marca que promete dar goce a meses sin intereses. Freud ya nos decía que...

El orden es una especie de impulso de repetición que establece de una vez por todas, dónde y cómo debe efectuarse determinado acto, de modo que en toda situación correspondiente nos ahorraremos las dudas e indecisiones. El orden, cuyo beneficio es innegable, permite al hombre el máximo aprovechamiento de espacio y tiempo, economizando simultáneamente sus energías psíquicas. Cabría esperar que se impusiera desde un principio y espontáneamente en la actividad humana; pero por extraño que parezca

no sucedió así, sino que el hombre manifiesta más bien en su labor una tendencia natural al descuido, a la irregularidad y a la informalidad, siendo necesario arduos esfuerzos para conseguir encaminar a la imitación de aquellos modelos celestes (Freud, 2002, p. 17).

Con esto vemos que para el sujeto es indispensable la autoridad y por medio de ella dar orden y sentido, controlar su estado más natural para poder ser formado.

La etimología de la autoridad viene del latín *auctoritas* que se deriva de *auctor* cuya raíz viene de *augere*, que significa aumentar, promover, hacer progresar. Podemos decir que: la autoridad es la cualidad creadora de ser, así como del progreso y en la mayoría de los casos se aplica al prestigio moral o a la fuerza de convicción o poder demostrativo de una cosa. Los sujetos de nuestra sociedad transfieren dicha autoridad ya sea a una persona o una institución, dejando en la misma la fuerza del cambio. Si dicha autoridad se confiere desde la comunidad, debemos decir que, es la sociedad la que impone su autoridad a los sujetos que viven en ella. Por lo tanto, la autoridad es un poder conferido desde la comunidad a unos cuantos actores (los llamo actores pues son ellos quienes tienen el poder para ejercer dichos cambios).

El sujeto a partir de ello está determinado al mero ordenamiento de sus acciones debido a la enorme necesidad de sentido que de forma natural busca como sujeto del discurso del amo o del padre. Debemos hacer que la necesidad de sentido se traduzca en un sujeto que pregunta porque no sabe y desea conocer. El aprovechamiento de lo aprendido radica en la forma en la que nos apropiamos de eso que aprendemos. Pero aprovechar no es dar valor agregado a los sujetos y su conocimiento, pensado así, aprovechar implica un abuso, implica usar las diferencias, implica ganar la autoridad sobre los no doctos. Ese es el tipo de autoridad dogmática que pervierte a la educación pues de manera directa guía al saber hacía el autoritarismo de unos pocos que se autodenominan los que saben. Estos últimos estancan el conocimiento en el determinismo de unos

cuantos, lo reducen a una simple versión oficial, eliminan lo que no sea útil a los intereses del mercado de competencias.

Acabar con el dogma de la autoridad no implica dar fin a la autoridad misma, implica recuperar esa autoridad como actor en el juego de los eventos sociales. Esto conlleva reclamar nuestra capacidad destructora y creadora, capacidad que brinda nuevos bríos a los modelos desgastados de las instituciones. Misma capacidad que permite reconfigurar la actual organización social, tanto en la vida pública y privada. En el caso de la educación, dicha autoridad nos otorga la capacidad de hacer las preguntas; lo que significa que todo proceso de formación, hablando del caso de la educación formal, requiere de nuestra autoridad como herramienta del cambio en los paradigmas. La formación institucionalizada requiere de la autoridad para lograr la imposición del conocimiento oficial, pero es trabajo de todo aquel que recibe dicho conocimiento, saberlo utilizar para poder recuperar su autoridad y con esto dar un vuelco al conocimiento: aprender a hacer sus propias preguntas.

En un programa, llamado *Dinero y poder*, donde había una discusión sobre las Reformas educativas en México uno de los personajes en la mesa de diálogo hacía mención sobre la importancia de hacer que la educación fuera competitiva para el mercado. Hacía referencia a la cantidad del PIB que cada país destina al estudio de las ciencias sociales argumentado que siendo estas poco productivas son uno de los mayores gastos inútiles en el país. Esto es debido a que representan un gasto desperdiciado en las universidades ya que no generan ganancias económicas que puedan apoyar al desarrollo. Tal parece que aquellos “inadaptados” que preguntan acerca de lo social no son otra cosa que merolicos, engañosos que dan espejos a cambio de simples habichuelas sin valor. Llama la atención que durante el análisis jamás se mencionó la pregunta fundamental: ¿qué se entiende por educación? Se plantearon infinitas posturas respecto a la organización y estructura de las instituciones educativas pero jamás se hizo mención sobre la propia educación. Se habla de reforma de la estructura como modelo

de competencias pero, ¿la educación como modelo de enseñanza pasa de largo y sin cambios? Una sociedad que busca reformas en la educación y no se hace dicha pregunta no puede jactarse de buscar cambios en la sustancia de su forma de educar.

Debido a que los sujetos en la actualidad se encuentran tan desvinculados de la sociedad, el mercado de competencias resulta tan efectivo. Vivimos entre sujetos que comparten un espacio pero no se miran entre ellos: la confrontación cara a cara es un acto en desuso. En la sociedad global no hace falta observar al otro porque esta acción implica ver en el otro lo que me hace distinto. Tememos al autoritarismo pero seguimos educándonos con sus preceptos. Simplemente le hemos quitado la autoridad a una figura de poder en específico² pero se la hemos asignado de primera mano a las instituciones y a éstas se las ha arrebatado el mercado mundial, dando como resultado la sociedad global donde vivimos.

Para la educación moderna ha sido de suma importancia romper la rigidez con la que se educa. En la sociedad democrática es imposible hablar de autoridad en el caso de relaciones directas, cara a cara, porque se corre el riesgo de confundirla con autoritarismo. Hemos hecho que el sujeto evite a toda costa la tragedia que implica ver al otro para aprender de sí mismo; el resultado ha sido un sujeto incapaz de actuar en momentos cruciales que implican enfrentarse de manera directa a sí mismo y a su sociedad con el objetivo de hacer algo diferente en sus relaciones.

Los especialistas han monopolizado el campo laboral haciendo a un lado la materia prima de toda sociedad, sus sujetos. La demanda de especialistas confiere precio al conocimiento³ convirtiéndolo no en el motor del cambio sino en un mercenario al servicio de los mercados. El hombre educado debe recuperar su

² Pensado para cualquier personaje y sujeto de la historia que abuse de su autoridad sobre los demás, dándole la referencia como el que abusa del conocimiento o su poder económico.

³ Hago referencia al precio no como un valor de cambio sino como un bien que esta por arriba de todo valor.

autoridad para poder generar las propuestas y cambios tan necesarios en nuestra sociedad.

Mi reflexión no tiene el propósito de desacreditar la existencia de la educación institucional o formal sino complementarlas ya que el propósito de la formación es mantener nuestra vida en comunidad y nuestra adscripción a la sociedad. Es necesario pensar en formas no determinadas que le permitan a la sociedad dar un paso hacia algo distinto. Ese es el Dogma que debe ser derribado. Decía Mark Twain “Nunca permití que la escuela interfiriera en mi educación”.

Hay que sacarle la lengua al sistema vigente (podríamos llamarlo mercado de competitividades) que limita la capacidad creativa del hombre. Debemos subordinarnos al deber del aprendizaje en una primera instancia para poder recibir el conocimiento escolar de manera organizada, ya que primero debemos apropiarnos de él para después poder transformarlo. Debemos tomar dicha subordinación como algo pasajero y no inamovible que después nos permitirá conocer aquello que nos constituye como sujetos de lo social, de no hacerlo, sería imposible su transformación. Es necesario hacer una distinción entre educación y conocimiento: La educación es determinada por parámetros que la misma sociedad toma como lo que se debe saber, el conocimiento es algo no enciclopédico, es la parte de un todo no determinado y siempre abierto.

Y bien ¿qué tiene que ver la Autoridad como dogma de la educación? Como sujeto en sociedad renunciamos a nuestra autoridad (autonomía individual) en el momento que comenzamos a ser instruidos (tal como lo dice Kant). Renunciamos a esto porque asumimos no saber algo y brindamos esa autoridad sobre nuestra existencia a la figura del que enseña (padre o madre, profesor, doctor, etc.). El trabajo del que aprende es recibir ese conocer, desarrollar sus capacidades para poder descomponer, someter lo aprendido, jugar con las formas y analizar sus partes para después recuperar la autoridad sobre sí mismo con el objetivo de generar nuevas interpretaciones. Acabar con el dogma implica una destrucción, una suerte apocalíptica.

Siempre es incomodo para aquellos que convierten al conocimiento en un lujo reflexionar que en la educación puede habitar algo capaz de cambiar la estructura de la sociedad que hemos llegado a ver como natural y crear algo nuevo. La educación implica dar sentido, implica la creación de las formas y estructuras que nos hacen pertenecer y ser humanos. La figura del profesor (docente) en la institución es la encargada de guiar, dirige el aprendizaje, lo vuelve lectivo, muestra los caminos trazados por la institucionalidad para llegar a obtener el tan anhelado conocimiento y el derecho mitificado de poder usarlo; de cierta manera circunscribe el saber a las formas que más convienen al régimen de la institución que dirige.

Justo es esta circunscripción del conocimiento a lo que se debe dar muerte, de no hacerlo damos por hecho determinaciones que nos impiden romper los paradigmas. Es importante señalar que el conocimiento no es acumulativo porque debido a que apuesta por un constante cuestionamiento del saber hace posible la renuncia del mismo y es en ese momento en el que se derriba una parte de la estructura que en su momento se pensaba inamovible. Resulta obvio, si la educación es el motor para el cambio de la sociedad, que debemos dejar en claro que dicho cambio no necesariamente será bueno pues las implicaciones de romper el dogma del saber atentan contra la formación de los sujetos que nuestra sociedad requiere para continuar con el proyecto de sociedad moderna: clasificar el conocimiento en bueno y útil, desecha otra buena parte del mismo para de esa forma erradicar la “ignorancia”.

Pensar la “ignorancia”⁴ como un mal que se debe erradicar es un error siempre recurrente cuando hablamos del aprendizaje. Ocurre, lo que ya he mencionado a lo largo de éste ensayo, que se sigue pensando a todo proceso educativo como vasijas vacías que es necesario llenar.

⁴ Siempre que hago referencia a la “ignorancia” se hace mención de una ignorancia reflexiva que de paso a la dinámica en la formación.

Pensamos que hay ciertas habilidades natas más desarrolladas en algunas personas, las cuales no tienen nada que ver con la posibilidad de los sujetos para adquirir conocimiento. Esto no significa que el saber esté negado para todo hombre, sino que dichas habilidades natas le permiten a pocos sujetos adquirir de manera más rápida el conocimiento que para la mayoría de los sujetos tomará años en la formación. Las capacidades natas no son garantía de saber y tampoco desarrollo del intelecto en algo positivo o moralmente bueno. Cada vez que damos valor de bueno al saber negamos sus capacidades de acabar con nosotros e imposibilitamos nuestra propia capacidad para transformarlo.

Reconocer las capacidades no significa encontrar ciertas particularidades durante el desarrollo y formación de todos los hombres. No hay hombres mejores sólo hay hombres más capaces. Quienes desarrollan y se forman de manera especial para ciertas áreas más afines a sus intereses tendrán un resultado satisfactorio debido a su propia constitución determinada por el contexto propio del espacio, grupo y entornos que ellos mismos determinan. De ésta forma, sacamos del aislamiento y determinismo del acumulamiento del conocimiento en nosotros como sujetos. Así podemos recuperarlo como algo que pertenece a la comunidad y no como algo de carácter material. Así, el conocimiento retomará la sustancia que la constituye como comunidad y permitirá activar en ella su dinámica y movilidad.

La dinámica que se activa en el conocimiento es la confrontación con el saber; ésta siempre es activada por la pregunta. El cuestionamiento es la actividad del saber y el conocimiento, por lo tanto es obvio suponer que el discurso en la educación y sobre todo en la formación del sujeto social no debe ser el de formarlo en la lógica de la ganancia. Al formarlo así muere todo acto dinámico, no solo en la formación sino todo acto que podamos llamar humano y social.

La ignorancia es entonces algo que es requerido en la educación porque en ésta es donde adquieren sentido todos los actos de nuestra formación. Incluso es necesario pensarnos en sociedad como

sujetos ignorantes, individuos siempre incompletos y divididos, ya que de esta forma no damos por hecho nada y permitimos que nuestra sociedad y nosotros mismos sigamos transformándonos.

Se trata de estar preparados para acabar con los dogmas que nuestra formación institucionalizada nos impone, de advertirlos como parte de los límites del conocimiento como agregado material y poco productivo. El ignorante no comprende los límites de la norma (no por falta de capacidad, no por falta de doctrina); el ignorante no comprende estos límites porque para él, el sistema se encuentra siempre abierto y en constante cambio. En él no están alienadas las fronteras de la enseñanza como algo tradicional. El ignorante no sabe y necesita aprender sin que esto evite que deje de hacer preguntas.

El proyecto de una teoría de la educación es un noble ideal, y en nada perjudica, aun cuando no estemos en disposición de realizarlo. Tampoco hay que tener la idea por quimérica y desacreditarla como un hermoso sueño, aunque se encuentren obstáculos en su realización (Kant, 2015, p. 4).

En la “ignorancia” nos encontramos con el otro y quizás sea por eso que en la educación invertimos todos nuestro esfuerzos para erradicarla. Sin embargo, erradicar nuestra ignorancia es borrar la otra cara, diluir nuestro vínculo con aquellos monstruosos ojos que nos juzgan. Es en el otro donde encontramos aquello que ignoramos; es él quien da vida a las tumbas de sal que representan el reconocer los límites de eso que conocemos. El conocimiento nos brinda la oportunidad de apropiarnos del mundo y al apropiarnos de él abrimos los ojos ante ese paisaje desolado que es nuestra propia constitución con las diferencias. Es en la doble vía, en la pregunta, donde no sólo preguntamos por el otro sino que preguntamos sobre nosotros mismos. Ver al otro nos permite aprovechar aquello que creemos ya conocer para ponerlo en entre-dicho y abrir el camino al paradigma que es nuestra vida en sociedad.

El conocimiento en el caso de las instituciones es un burdo intento de cartegorización sanadora, curación ascética, el té para

todos los males y sin darse cuenta adormece la capacidad creadora y destructora de los sujetos que subordinan su autoridad con el fin de acabar con su ignorancia y poder dejar su nombre en letras de oro junto al de los hombre ilustres. La educación formal es indispensable, pero eso la hace única y fundamental, pues en las prácticas reflexivas donde ella puede y debe tener la oportunidad de reiventarse, tristemente jamas ocurre. Es por ellos que la educación debe ser destructora, generadora de caos y conflicto pues los cambios requieren de medidas capaces de romper las contruccionas cotidianas del conocimiento con la prentesion de crear nuevas formas de conocimiento, sentido que se logra a través del desarrollo de nuevas preguntas. Siempre que se pregunta se declara la guerra al otro, sin importar si el resultado es o no, satisfactorio.

Preguntarnos implica generar una fractura con nuestra propia realidad, tal como lo dice Mier:

La pregunta revela esa fractura constitutiva, del sujeto y del mundo, que había perturbado las apuestas filosóficas de la ilustración, y había abierto la via inacabable de la transfiguración dialectica de la experiencia. De esa aspiración de la pregunta a la totalidad, deriva su anclaje en el tiempo, deriva su fundamentación de la historicidad, deriva su propio eclipse, su derrumbe, su extenuación. La relación de la pregunta por el tiempo revela, su lugar constitutivo en el régimen de la historicidad, deriva su propio eclipse, su derrumbe, su extenuación (Mier, 2012, p. 22).

Con lo anterior nos queda claro que la ensañanza siempre está caracterizada en los individuos por la misma pregunta, que busca dar sentido al otro para darse sentido a él mismo. Este sentido siempre será un sentido incompleto ya que somos individuos incabados debido a nuestra ignorancia.

“¡En verdad, no podríais llevar mejor máscara, hombres del presente, que vuestro propio rostro! ¡Quién podría reconocerlos!” según Nietzsche (2013, p. 207). En nuestra educación tratamos de develar los misterios que nos permitan alcanzar la completud, sin embargo,

la respuesta siempre será poco satisfactoria pues construye una certeza en nuestro comprender del mundo pero no satisface el deseo de conocernos.

Agonizamos con la poca satisfacción y frustración de lo incabado, por ello acudimos a delimitaciones que son válidas para contextos muy específicos de nuestra formación. Sin embargo, no importa cuánto tiempo esperemos en el fondo, siempre y cuando quede claro que el desarrollo del saber, conocer, aprender y luego derribar, siempre estará implícito en todo proceso de formación humana. Aunado a esto debemos reconocer que cada categorización sólo permitirá veladas satisfacciones que nos llevan a realizar nuevas preguntas.

La asimetría estigmatiza todo proceso de nuestra educación, sus formas siempre tendrán vestigios de lucha y por lo tanto siempre atenderán contra toda forma o acto que pensemos como constitutivo: esto será la marca de la verdadera dinámica del aprendizaje. Por lo tanto es justo en el momento de la pregunta donde se recupera la autoridad, la cual siempre estará del lado del acto de-constructor, pues como ya mencioné, a través de ella se hace efectivo nuestro trabajo dinámico y transformador.

La exigencia de autoridad en el vínculo pedagógico se conjuga entonces con las condiciones de legitimidad de la acción social, se integra en ellas, se confunde con su horizonte de sentido. Pero la autoridad persiste como modo de expresión –puramente simbólico– de la fuerza en sí, en juego durante el vínculo con el otro. Las diferencias entre el sentido y el modo de ejercicio de la fuerza, se despliegan también como de ejercicio de la autoridad (Mier, 2012, p. 26).

Con ello podemos comprender que este tipo de autoridad puede existir en nuestra relación con la enseñanza, únicamente cuando no obstruye la realización de los cuestionamientos que dan paso al desarrollo del vínculo con los extraños. Lo que demuestra que el sentido en que la autoridad, en el contexto actual, es utilizada por la parte normativa e institucionalizada, de manera oficial, atenta

contra la aplicación de una autoridad dinámica que provoca la participación y el dialogo. Considero que por medio de dicha autoridad es posible ofrecer una alternativa a las demandas del mercado. La parte complicada de interiorizar este tipo de autoridad será el asumir las consecuencias y la obligación de seguir provocando a los ignorantes para que pregunten.

REFERENCIAS

- Freud, S. (2002). *El malestar de la cultura*. [http//.www.Librodot.com](http://www.Librodot.com).
- Kant, I. (2015). *Pedagogía*. [http//.www.Librodot.com](http://www.Librodot.com).
- Mier, R. (2003). Calidades y tiempos del vínculo. Identidad, reflexividad y experiencia en la génesis de la acción social. *Tramas*, N° 21, 123-160.
- Mier, R. (2012). Diálogo pedagógico, reconocimiento y creación de sentido En Valle, A. (Ed.), *Alteridad entre creación y formación*. (p. 22). México: Albatros.
- Nietzsche, F. (2004). *El Nacimiento de la tragedia*. Madrid: Alianza.
- Nietzsche, F.(2013). *Así habló Zaratustra*. Madrid: Alianza.
- Sloterdijk, P.(2006). *El desprecio de las masas*, Revista de Santander.